



Estetizar la política, politizar el arte

Koldo Gutiérrez

¿Tiene final el arte contemporáneo? Ese es uno de los planteamientos del crítico y comisario Iván de la Nuez en su ensayo *Teoría de la retaguardia*, donde reflexiona sobre la función de los museos y el papel de los artistas en el siglo XXI. El libro se complementa con la exposición de Azkuna Zentroa *Nunca real / Siempre verdadero*, recién inaugurada por el propio autor junto a trece artistas.

En *Velvet Buzzsaw*, la reciente película de Netflix protagonizada por un crítico de arte, hay una obra en una exposición titulada *Hoboman*. Se trata de un vagabundo robótico al que el protagonista critica negativamente, por lo que hacia el final ataca al estirado periodista. Más allá de la nada sutil metáfora de la obra dolida vengándose del periodista, quedémonos con la representación de la pobreza de manera literal en un museo.

El ensayista, crítico de arte y comisario de exposiciones Iván de la Nuez acaba de publicar *Teoría de la retaguardia* (Consonni, 2018), un manifiesto irónico como respuesta al libro *Teoría de la vanguardia*, escrito en 1974 por Peter Bürger. La obra se centraba en las dos tareas más importantes que demandaba entonces el arte: romper la representación y disolver la frontera que lo separaba de la vida. Fracasar en esta doble empresa habría certificado, según Bürger, la derrota de la vanguardia y quizá algo peor: su imposibilidad. Cuarenta y cinco años después, *Teoría de la retaguardia* surge de ese fiasco, aunque no pierde el tiempo ni lamentándolo ni maquillándolo, al considerar que nuestra época no está marcada por la distancia entre el arte y la vida, sino por una tensión entre el arte y la supervivencia, que es la continuación de la vida por cualquier medio. De ahí el clarificador subtítulo del ensayo: *Cómo sobrevivir al arte contemporáneo (y a casi todo lo demás)*.



«La principal aportación de los museos al discurso del arte hoy es su puesta en duda, su incertidumbre y su misma crisis»

De la Nuez comienza su ensayo explicando que el famoso urinario de Marcel Duchamp o las aspiradoras que el permanentemente denostado Jeff Koons instaló en el MoMA sirvieron para resignificarlos y conceder entidad artística a objetos cotidianos que carecían completamente de ella. Hoy día hemos ido un paso más allá, al hacer lo propio con sujetos, como en la polémica exposición en un museo de Malmö donde se exhibieron en 2015 dos mendigos rumanos. El autor menciona ejemplos anteriores, como los zoológicos humanos de la época colonial, un museo de Berlín que mostró *Judíos en la vitrina* y bromea con pasar al siguiente nivel: convertir la cárcel de Guantánamo en un museo. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, las torturas de Abu Ghraib ya han servido de inspiración a muchas performances.

Museos postindustriales

En ensayista cubano afincado en España ha sido jefe del Departamento de Actividades CCCB de Barcelona y director de Exposiciones en La Virreina Centre de la Imatge, así que conoce bien el sector. No pasa por alto esos espacios artísticos actuales creados sobre los cimientos de viejos edificios industriales o que utilizan nombres inspirados en ello, como Alhóndiga en Bilbao, Tabakalera en Donosti, Matadero en Madrid o La Térmica de Málaga. En una sociedad postindustrial como la nuestra, resulta significativo que muchos centros culturales modernos ocupen su lugar en grandes ciudades. La política actual se está estetizando, no hay más que ver la puesta en escena de Donald Trump, los habituales shows de Gabriel Rufián o la “performance” de Dolors Montserrat el pasado octubre en el Congreso, como le espetó la vicepresidenta del Gobierno. El arte, por contra, se politiza, señala De la Nuez, que cita *La McDonaldisación de la sociedad*, un libro escrito por el sociólogo estadounidense George Ritzer basado en un término que él mismo acuñó.

La tendencia a la franquicia, a crear espacios comunes reconocibles, especialmente pensados para los turistas y que hagan un consumo superficial de la cultura, una especie de *fast art*, está dando lugar al boom museístico que tan bien conocemos en Bilbao, que aún vivimos las secuelas del *Efecto*

Guggenheim. En 2017 se inauguró un Louvre en Abu Dabi y ahora el ayuntamiento de Barcelona estudia la posibilidad de abrir una sede del popular Hermitage ruso en la ciudad, concretamente en el puerto, para que todos esos ricachones jubilados que viajan en lujosos cruceros como el que brillantemente describía David Foster Wallace puedan visitarlo cómodamente y comprar souvenirs sin tener que mezclarse apenas con la chusma local. Ya ni siquiera es imprescindible acudir a la Sagrada Familia, Park Güell y Camp Nou.

El arte actual es como un paseo en limusina por una periferia empobrecida y contaminada

El ensayista emplea una metáfora recurrente, utilizada por varios autores y popularizada por Don DeLillo en *Cosmópolis*, que posteriormente adaptó al cine David Cronenberg: el paseo de un millonario en limusina por una periferia empobrecida, contaminada y atestada de tráfico. Como escribe De la Nuez: «Bien arrellanados en ese carramato de lujo que nos permite captar la imagen del mundo, pero no su imaginario». Esa típica analogía sirve para explicar la situación de Occidente tras la caída del Muro de Berlín y el fin del Comunismo, cuando el discurso radical anticapitalista se trasladó a los museos y surgió el postcolonialismo que apostaba por el exotismo étnico sin tratar de entenderlo, exhibiéndolo de una manera más cercana al zoológico que al museo.

Así pues, ¿qué pueden aportar esos viejos templos al discurso del arte en pleno siglo XXI? El autor del libro lo tiene claro, aunque suene paradójico: «Por una parte, los museos tienen la tarea de alojar ese discurso. Incluso los más interesantes consiguen generarlo. Pero por otra parte, esto implica que su crisis va en paralelo a la parálisis de esos discursos. En ese punto, básicamente su principal aporte actual al discurso del arte es el de su puesta en duda, el de su incertidumbre y, en definitiva, el de su misma crisis». Ese cuestionamiento debe servir para hacerla avanzar, que no se acomode, siempre y cuando los artistas, ese agente necesario pero no imprescindible, estén por la labor. A ello deben contribuir también otro tipo de espacios culturales y pequeñas galerías, que en esta época de enormes museos-franquicia tratan de mantenerse a flote a pie de calle, atentos a nuevas tendencias y, en ocasiones, alejadas del academicismo. El autor considera que hay sitio para este tipo de locales, siempre y cuando su menor tamaño no implique una reproducción en miniatura de esos grandes equipamientos. «Lo pequeño sería más bien un sinónimo de lo distinto, de eso que Deleuze llamó

alguna vez una “minoría ética”. Algo con vocación de ser lo opuesto a esas franquicias», señala. Un factor diferencial que aporte un auténtico valor cualitativo.

Moonwalk nostálgico

El pasado octubre todos pudimos contemplar la última performance de Banksy en directo: autodestruyó una obra que acababa de subastarse por 1,8 millones de euros en Londres. Lo que parecía una nueva muesca en el historial del misterioso artista, la broma definitiva hacia el mundo del arte, ha acabado, como siempre, absorbido por el sistema. El resultado se ha expuesto en febrero en un museo de Alemania; la obra, titulada originalmente *Girl with Balloon*, ha sido exhibida durante un mes con el título de *Love is in the Bin* y sigue de gira. ¿Qué nos enseña eso sobre el estado actual del arte y los museos? Para el ensayista eso es la enésima reproducción de un *ready-made* o arte encontrado. «La diferencia es que si Duchamp convertía un objeto en arte, Banksy acaba convirtiendo el arte en un objeto. Es un hecho que confunde la desmaterialización que perseguía la vanguardia con la simple destrucción», analiza, «el problema es que lo puede destruir todo salvo una sola cosa: el precio. Eso nos demuestra que ese camino está agotado y que seguir bailando esa coreografía, ese moonwalk en el que parece que avanzamos cuando en realidad estamos retrocediendo, es un callejón sin salida». Emplea ese término a lo largo del libro para referirse a una huida hacia el pasado desde un presente obsesionado con darle la espalda al porvenir, como hacía Michael Jackson con su mítico baile. En esta época de nostalgia e idealización de lo antiguo, el autor aporta una certera reflexión: no preferimos el pasado porque fuera mejor, sino porque era seguro, pero hace una distinción importante: «Si la gente se refugiara en el pasado para no salirse de su zona de confort habría un consuelo en ese conservadurismo. El problema es que nos estamos refugiando en el pasado para no salir de nuestra zona de supervivencia, lo cual es patético».

Parece que hoy día, gracias a las nuevas tecnologías y a los cambios socioeconómicos y laborales, todo el mundo es artista. «El problema del arte no estriba hoy en su dificultad sino en su posibilidad, no en su rareza sino en su abundancia, no en su dosis sino en su sobredosis, no en su democratización sino en su masificación», concluye Iván de la Nuez, que tratará de dar respuesta a todas estas cuestiones en la exposición [Nunca real / Siempre verdadero](#) comisariada por él en Azkuna Zentroa. El título remite a una frase del poeta Antonin Artaud que da nombre al cuarto capítulo del



ensayo. La exposición puede verse como un epílogo o al revés: el libro como un capítulo de la exhibición. «Soy un ensayista que tiene la suerte de hacer exposiciones, que son formas colectivas o visuales de esos ensayos, pero mantienen su raíz en ellos. Así que no hay mucha diferencia entre ambas», sentencia. Durante los últimos años ha estado escribiendo sobre el modo en que la literatura trata el arte contemporáneo, pero aquí será al revés, sobre cómo el arte es capaz de generar narraciones o ficciones. «Para ello, cuento con trece artistas que tienen un pie en la escritura y otro en el

arte. De una manera natural y radical, diluyen las fronteras entre esos dos mundos», promete el comisario, que ha reclutado a Joan Fontcuberta, [Cristina de Middel](#), Mabi Revuelta y Kurt Caviezel, entre otros. Seguro que ahí no habrá un vagabundo robótico.



◀ arte ▶ libros



Koldo Gutiérrez

Como periodista, ha cubierto guerras, pero sólo las que él mismo ha empezado. Lector voraz y fetichista del papel. Cinéfilo compulsivo, ve el mundo en gran angular por culpa de Terry Gilliam. Nintendero renegado y nazi ortográfico. Dobla a Edward Norton en las escenas de acción.